

El proceso llamado "globalización".

Noam Chomsky(2005)

Primero aclaremos el concepto. Si usamos el término de forma neutra, "globalización" significa simplemente la integración internacional, sea o no bienvenida, dependiendo de las consecuencias. En los sistemas doctrinales de Occidente, predominantes en el resto del mundo debido al poder occidental, el término tiene un significado ligeramente diferente y más restringido: hace referencia a ciertas formas específicas de integración internacional cuya implantación ha sido promovida con especial intensidad en los últimos 25 años. Esta integración está concebida sobre todo en beneficio de ciertas concentraciones de poder privado; los intereses de todos los demás implicados son incidentales. Una vez establecida la terminología, la gran masa de la población mundial opuesta a estos programas puede ser categorizada como "antiglobalización", como se hace siempre. La fuerza de la ideología y del poder es de tal magnitud que la gente acepta incluso esta designación ridícula. Se les puede llamar "primitivistas" que quieren regresar a la "Edad de Piedra" para perjudicar a los pobres, y otros términos insultantes a los que ya estamos acostumbrados.

Esta es la manera en que cabe esperar que funcione un sistema de propaganda bien enfocado en su tarea, pero no deja de ser sorprendente en el sentido de que resulta tan eficaz que hasta sus víctimas lo aceptan, y no deberían. Ninguna persona en su sano juicio se opondría a la globalización. La cuestión es en qué forma se adopta.

La forma específica de integración internacional que se está promoviendo se llama "neoliberal", pero esto también es altamente engañoso. No se trata de orientaciones "nuevas" y de ninguna manera son "liberales". Esto debería ser particularmente evidente aquí [en la India]. La historia de las relaciones entre Inglaterra e India durante dos siglos muestra muy claramente cómo el liberalismo puede convertirse en un instrumento de poder y destrucción. Y la versión actual conserva esa tradición, mantiene la clásica doctrina de doble filo del liberalismo y del mercado libre, según la cual eso es bueno para ti (para que yo pueda aplastarte mejor) pero yo voy a seguir

solicitando la protección de mi poderoso estado-niñera y utilizando otros mecanismos para evitar someterme a la disciplina del mercado, excepto cuando el terreno de juego esté, como se dice, "nivelado", es decir, inclinado tan fuertemente a mi favor que no me quepa duda de que voy a ganar. Eso es buena parte de la historia de la India durante doscientos años.

Que las nuevas versiones de esta doctrina sean simplemente adaptaciones de las versiones tradicionales a las circunstancias actuales no tiene nada de sorprendente. Es exactamente lo que deberíamos esperar si observamos quiénes son sus creadores: los estados más ricos y poderosos, las instituciones financieras internacionales que siguen sus instrucciones, y su ejército de megacorporaciones tendientes al oligopolio en la mayoría de los sectores de la economía, y altamente dependientes del sector estatal para socializar el riesgo y los costos y mantener el dinamismo de la economía, a menudo bajo la tapadera del gasto militar.

Estos conglomerados de poder suelen referirse modestamente a sí mismos con el nombre de "comunidad internacional" pero tal vez un término más adecuado sería el que se usa en la prensa económica y empresarial. El pasado mes de enero, en el Congreso anual de Davos, el londinense *Financial Times* los llamó "los amos del universo". Dado que estos amos proclaman su admiración por Adam Smith, cabría esperar que se atuvieran a la descripción que Smith hizo de su comportamiento, aunque él sólo los llamó "amos de la humanidad" (después de todo, esto ocurrió antes de la Era Espacial). Smith se refería específicamente a lo que él llamaba "los arquitectos principales de las decisiones político-económicas" de su época: los "comerciantes y fabricantes" de Inglaterra, quienes tomaron las medidas necesarias para asegurar una "atención exclusiva" a sus propios intereses, por muy "doloroso" que fuera su impacto sobre los demás, incluyendo entre ellos a la población de Inglaterra. Sin duda ustedes saben que Smith condenó con especial vehemencia los crímenes que Inglaterra cometió entonces en la India. "Los arquitectos principales", escribió, adoptan el "despreciable lema de los amos de la humanidad: Todo para nosotros, nada para los demás". Y el lema perdura.

Con el tiempo, tras una evolución que sin duda hubiera horrorizado a los fundadores del liberalismo clásico, un radical activismo judicial logró que las empresas adquiriesen los derechos de personas inmortales, y en recientes acuerdos económicos internacionales han adquirido derechos mucho más amplios que los de las personas. Por ejemplo, General Motors puede exigir un "tratamiento nacional" en México, pero un mexicano de carne y hueso no saldría muy bien parado si exigiera un tratamiento similar tras cruzar la frontera en Texas, suponiendo que lograra entrar vivo (muchos no lo logran).

Los derechos de estas tiranías privadas, --ya que eso es lo que son-- se están ampliando en los acuerdos comerciales actuales, los cuales permiten que estas concentraciones privadas de poder ataquen las regulaciones gubernamentales sobre salud (sanidad), protección medioambiental, derechos laborales, etc. alegando que tales regulaciones son "equivalentes a la expropiación" ya que van en detrimento de las futuras ganancias. En un asalto aún más intenso a los principios del liberalismo clásico, estos enormes sistemas de poder privado, que no rinden cuentas a nadie, asumen la función de administradores de los mercados. Esto incluye transferencias intraempresariales (transferencias de fondos a través de fronteras dentro de una determinada entidad corporativa), subcontrataciones, alianzas estratégicas y toda una serie de mecanismos diversos para evadir la disciplina del mercado, los cuales, de hecho, constituyen la mayoría de lo que se llama erróneamente "comercio". Cuando nos dicen que el comercio está en aumento, lo más probable, en términos clásicos, es que esté disminuyendo.

Estas políticas y sus consecuencias humanas son fuentes de gran preocupación fuera de las filas de los "amos del universo". En los países del Sur hay desde hace años protestas populares masivas contra el nuevo régimen económico internacional. Estas son más difíciles de ignorar cuando se producen también en los países ricos, como viene ocurriendo en los últimos años. En Estados Unidos, a pesar del apoyo mediático casi unánime por los acuerdos de libre comercio (o como los llama, de forma más honrada, el *Wall Street Journal*: "acuerdos de libre inversión") la población ha mantenido una persistente oposición hacia ellos. Por eso el Tratado de Libre

Comercio de América del Norte (T.L.C.A.N. - N.A.F.T.A.) tuvo que ser impuesto prácticamente en secreto hace diez años. Y la prensa libre no ha permitido todavía que se exprese la postura oficial de los movimientos sindicalistas, ni siquiera una crítica muy similar, con propuestas alternativas, presentada por la agencia de investigación al servicio del Congreso: la Oficina de Evaluación de Tecnología (Office of Technology Assessment). Es extremadamente importante impedir que el público adquiriera conocimiento de que su oposición a estos Tratados está bien fundada en análisis respetables.

Podemos preguntarnos por qué la oposición a la globalización (o más bien, a lo que se llama "globalización") es tan fuerte desde hace tantos años. Esta oposición parece extraña en una época en que la globalización ha traído, según se nos repite constantemente, una prosperidad sin precedentes. Y se supone que esto es especialmente cierto en Estados Unidos, con su "economía de ensueño". En la década de los 90, Estados Unidos disfrutó del "boom económico más fuerte en toda la historia del país", en palabras de Anthony Lewis el pasado mes de marzo en el *New York Times*, repitiendo la cantinela habitual desde el ala izquierda, el extremo crítico del espectro de opinión admisible. Se concede que no todo es perfecto, por supuesto, hay ciertos defectos, algunas personas se han visto excluidas del milagro económico, y como somos gente de buen corazón, tendremos que hacer algo para arreglar estas cosas. Estos "defectos" reflejan un dilema profundo e inquietante. El rápido crecimiento y la gran prosperidad que trajo la globalización tienen un elemento concomitante: la creciente desigualdad debida al hecho de que algunos simplemente carecen de las habilidades para aprovechar estas maravillosas oportunidades. El cuadro que acabo de describir es tan convencional que puede resultar difícil darse cuenta de su completa falsedad (exceptuando la creciente desigualdad). No hay nada de cierto en esos argumentos, y se sabe que son falsos. El crecimiento económico per cápita en los llamados "rugientes" años 90 en Estados Unidos fue aproximadamente igual que el de Europa, mucho más bajo que el de los primeros 25 años tras la segunda guerra mundial. Cabe preguntarse, en consecuencia, cómo es posible que la imagen convencionalmente aceptada sea tan radicalmente

distinta de la que presentan los datos, los cuales son indiscutibles. Pues bien, la respuesta es muy sencilla. Para un pequeño sector de la sociedad, la década de los 90 fue realmente un gran boom económico. Y da la casualidad de que a ese sector de la sociedad pertenecen las personas encargadas de divulgar las noticias maravillosas. Es sólo la realidad la que es distinta. Existe un equivalente en India, del cual no tengo que hablar, ya que a ustedes les es familiar.

Examinemos los datos registrados a lo largo de un período más largo. La integración económica internacional --lo que se llama globalización en el sentido técnico-- aumentó a un ritmo uniforme hasta la primera guerra mundial, se estabilizó o se redujo en el período entre guerras y comenzó a aumentar de nueva tras la segunda guerra mundial. Actualmente está alcanzando, en términos generales, los niveles que tenía hace un siglo. Pero la estructura detallada es completamente diferente. En algunos aspectos, el período anterior a la primera guerra mundial tuvo un mayor nivel de integración internacional, sobre todo en lo concerniente al movimiento de personas --lo que Adam Smith llamaba "la libre circulación de la mano de obra"-- que constituía la base del mercado libre. Esta tendencia alcanzó su punto máximo antes de la primera guerra mundial y se encuentra actualmente a un nivel mucho más bajo que entonces. En otros aspectos la globalización es mayor ahora, sobre todo en lo relativo a la libre circulación del capital especulativo a corto plazo, que ha alcanzado un nivel sin precedentes. Estas diferencias reflejan las características esenciales de la versión contemporánea de la globalización. Más que nunca, el capital tiene prioridad, las personas son elementos accesorios incidentales.

Una interpretación más técnica del término globalización sería la convergencia hacia un mercado global, en el sentido de precios y salarios equivalentes en todas partes. No cabe duda de que lo que ha ocurrido no es eso, de ninguna manera, sino todo lo contrario. Respecto a los ingresos, la desigualdad está aumentando a un ritmo vertiginoso en este período de globalización, tanto dentro de los países como entre países, y se espera que la tendencia continúe.

Los servicios de inteligencia estadounidenses, con la participación de especialistas universitarios y del sector privado, publicaron recientemente un informe importante sobre sus expectativas para

los próximos 15 años, en el que presentaban varias situaciones posibles. La más optimista es que la "globalización" seguirá su curso: "su evolución será inestable y se caracterizará por una volatilidad financiera crónica y una intensificación de las diferencias económicas". Esto significa menos convergencia, es decir, menos globalización en el sentido técnico, pero más "globalización" en el sentido doctrinal preferido. Y la volatilidad financiera significa, por supuesto, un crecimiento más lento y crisis más frecuentes.

Todo esto nos da una buena idea de adónde va el mundo, al menos si los "amos del universo" consiguen proceder con sus planes sin que la chusma les cree demasiadas dificultades. Ya he señalado que los planificadores militares están adoptando estas mismas proyecciones, y explican con gran franqueza que será necesario contar con recursos aplastantes de intervención violenta (los cuales estarán basados en el espacio) para poder mantener bajo control al creciente número de desposeídos.

Se está haciendo tarde para entrar en detalles, pero si examinamos el período de la postguerra (desde la segunda guerra mundial), observamos que consta de dos fases. Los acuerdos de Bretton Woods, con controles de capital y regulación de divisas, estuvieron vigentes hasta principios de los años 70. Ese fue un período de crecimiento económico muy considerable y equitativo, que suele llamarse la "Edad de Oro" del capitalismo. Todo esto cambió en los últimos 25 años con el desmantelamiento del sistema de Bretton Woods: los mercados financieros se liberalizaron, se eliminaron las restricciones al movimiento de capital y se desregularon las divisas. Estas medidas están relacionadas con un deterioro significativo de los indicadores económicos comunes: la tasa de crecimiento de la economía, de la productividad, de la inversión y de hecho incluso la tasa de crecimiento del comercio. Aun si aplicamos todas las definiciones engañosas de lo que se entiende por "comercio", su crecimiento ha disminuido durante el período de globalización en los últimos 25 años. Además, ha habido períodos de tasas (tipos) de interés mucho más altas, gran volatilidad de los mercados financieros y otras consecuencias económicamente perniciosas.

Regresemos entonces a ese dilema profundo e inquietante que supuestamente debe preocuparnos: el rápido crecimiento y la gran prosperidad producidos por la llamada globalización ha traído también desigualdad global debido a que algunos carecen de la preparación o capacidad necesarias para aprovechar las oportunidades. Pero resulta que tal dilema no existe: el rápido crecimiento y la prosperidad son simplemente un mito, excepto para un sector muy restringido.

Las consecuencias económicas de la liberalización del capital son debatibles, pero hay una consecuencia que resulta muy clara: la liberalización del capital socava la democracia. Esto es algo que los creadores del acuerdo de Bretton Woods, después de la segunda guerra mundial, entendían claramente. Una razón explícita por la que dichos acuerdos se basaron en la regulación del capital fue el deseo de facilitar a los gobiernos la implantación de programas sociales y democráticos que gozaban de un enorme apoyo popular, también en Estados Unidos. El movimiento libre del capital produce lo que algunos han llamado un "parlamento virtual" con derecho al veto de las decisiones gubernamentales, restringiendo así severamente las opciones democráticas. Las citas que siguen están tomadas de estudios técnicos sobre el sistema financiero. Con el movimiento libre de capital, los gobiernos se enfrentan a un "doble electorado": el de los votantes y el de los especuladores. Los especuladores realizan "referéndums continuos de las decisiones gubernamentales", y si éstas no son de su agrado ejercen su "veto" atacando la moneda del país o retirando su capital. Incluso en los países ricos, es la voluntad del electorado privado la que prevalece. Se sabe que ésta es una de las diferencias más notables --tal vez la más significativa-- entre la fase actual de la globalización y la que tuvo lugar antes de la primera guerra mundial, a la cual se asemeja en otros aspectos.

Este último punto es, repito, bien conocido. Paso a citar a Barry Eichengreen, autor de una historia convencional del sistema monetario internacional. Antes de la primera guerra mundial, señala Eichengreen, las decisiones gubernamentales aún no habían sido "politizadas por el sufragio universal masculino y la aparición del sindicalismo y de los partidos laboristas

parlamentarios". En consecuencia, los graves costos de la disciplina financiera que impone el "parlamento virtual" podían hacerse recaer sobre la población en general. Es lo que hoy en día los países pobres conocen como ajuste estructural. Pero tal lujo dejó de ser posible en la era de Bretton Woods, más democrática. Por lo tanto, "las limitaciones democráticas fueron sustituidas por restricciones a la libre circulación del capital como forma de protección ante las presiones del mercado".

Eichengreen no prosigue su razonamiento, pero resulta completamente natural que el desmantelamiento del orden económico de la postguerra venga acompañado de un fuerte ataque a la democracia substantiva, tal como ha ocurrido, sobre todo en Estados Unidos y el Reino Unido (sus practicantes más entusiastas); y por supuesto en el "Tercer Mundo", que no tiene otras opciones o al menos cree que no tiene otras opciones. (Esto no es tan obvio como parece.) El ataque a la democracia es tal vez el rasgo más significativo de este período de globalización, llamado a menudo "Edad de Plomo" en comparación (según los indicadores económicos estándar) con la "Edad de Oro" que la precedió.

Otros componentes del programa neoliberal producen también los mismos resultados. Las decisiones socioeconómicas están pasando gradualmente a manos de concentraciones de poder inaceptables, característica esencial de las reformas neoliberales.

Una extensión significativa de este ataque a la democracia está siendo negociada actualmente en Ginebra, sin discusión pública, en las negociaciones del Acuerdo General sobre el Comercio de Servicios y está llegando también a Doha. El término "servicios" se refiere prácticamente a cualquier cosa que caiga dentro del campo de opciones democráticas, de manera que todo lo relativo a atención médica y salud (sanidad), educación, asistencia social, seguro social, comunicaciones, agua y otros recursos --todo lo que tenga que ver con estas cosas-- son "servicios". No existe manera inteligible de considerar la transferencia de estos servicios a manos privadas como "comercio". Pero la palabra "comercio" se ha ido vaciando de significado hasta

tal punto que supongo que podrá extenderse hasta incluir también esta acepción travestida. Es un término discreto para referirse a la entrega al poder privado.

Este término "comercio de servicios" es en realidad un eufemismo para los programas cuyo objetivo consista en socavar el poder popular y reducir el campo de opciones democráticas transfiriendo fuera del control público las decisiones que afectan a los aspectos más importantes de la vida cotidiana, a fin de ponerlas en manos de tiranías privadas que no rinden cuentas a nadie. Las enormes protestas que tuvieron lugar en Quebec el pasado mes de abril durante la cumbre de las Américas estaban en parte dirigidas a los intentos de imponer en secreto estos principios como parte de la recién planificada Área de Libre Comercio de las Américas. Y se mantuvieron en secreto: el secreto guardado por la autocensura de la prensa libre. Estas protestas reunieron a una gran diversidad de grupos --de una amplitud sin precedentes-- entre ellos los poderosos sindicatos y partidos políticos social-democráticos de Suramérica y sus equivalentes en el Norte, así como muchos otros, todos ellos unidos por una fuerte oposición hacia lo que planean (a puerta bien cerrada, por la cuenta que les trae) los ministros de comercio y los ejecutivos de las grandes corporaciones

No queda tiempo para mencionar todos los detalles, aunque éstos sean altamente reveladores. En Estados Unidos ha habido una transición de la Edad de Oro a la Edad de Plomo. Para la mayor parte de la población --probablemente un 70%-- los ingresos se han estancado o reducido durante estos 20 años de "economía de ensueño". El cuadro empeora mucho más todavía si nos alejamos de los indicadores estándar y consideramos los costos reales, pero no queda tiempo.

Además, es probable que las reglas del juego, tal como se formulan en la Organización Mundial de Comercio, extiendan aun más los efectos mencionados. Cualquiera que esté familiarizado con la historia económica puede ver claramente lo que está pasando. Las reglas de la Organización Mundial de Comercio prohíben precisamente las medidas que tomaron todos los países ricos --Inglaterra, Estados Unidos, Japón y los demás-- para alcanzar su nivel de desarrollo actual.

Dichas reglas proporcionan además un nivel de proteccionismo sin precedentes para los países

ricos, entre ellos un régimen de patentes que contiene nuevas maneras de bloquear la innovación y el crecimiento, y permite a las empresas acumular enormes ganancias mediante la imposición de precios monopolísticos a productos que a menudo se desarrollaron con subvenciones públicas. Si hace 200 años Estados Unidos se hubiera visto forzado a aceptar estas reglas, la región de Nueva Inglaterra, donde yo vivo, estaría hoy en día tratando de aprovechar sus ventajas relativas como exportador de pescado. Ciertamente no sería un productor de textiles, industria que sobrevivió solamente gracias a los exorbitantes aranceles impuestos para impedir la entrada de los textiles británicos, cuya calidad era superior; lo mismo ocurrió con el acero y otras industrias, y esto continuó hasta el presente, incluyendo el proteccionismo extremo durante los años de Reagan. Las relaciones entre Inglaterra e India se guiaron también por esos mismos patrones hasta que India fue finalmente desindustrializada mediante una combinación de liberalismo forzado para los derrotados y un alto nivel de proteccionismo estatal para los ganadores. Es un método utilizado en todo el mundo.

Observemos simplemente las sociedades que han alcanzado un alto nivel de desarrollo: Europa, Inglaterra y sus derivados, Estados Unidos, Japón y un par de países en la periferia japonesa. Esos son los países desarrollados, y se da la casualidad de que son precisamente los países que lograron resistir el colonialismo europeo y el liberalismo forzado. La correlación es muy notoria, y bien conocida entre los historiadores económicos.

No deseo sugerir que las perspectivas sean uniformemente lúgubres. No estamos obligados a demostrar que la especie humana es un error biológico. En las últimas décadas ha habido tendencias muy prometedoras. Una de ellas ha sido el desarrollo de una cultura de los derechos humanos entre la población general. Esta tendencia se ha intensificado rápidamente a partir de los años 60, década cuyo fermento tuvo un efecto significativamente civilizador en muchos campos. Uno de los aspectos más significativos ha sido el aumento de concienciación sobre los derechos humanos y civiles, entre ellos los derechos de las minorías, de las mujeres, y de las generaciones futuras (en relación con el movimiento de protección medioambiental que ha

adquirido un impulso considerable en las últimas décadas). El movimiento de desarrollo humano iniciado sobre todo por Amartya Sen y Mahbub ul-Haq, y al cual he dedicado mis conferencias en Lakdawala, es una manifestación de dichas tendencias.

En la historia moderna ha habido muchos avances importantes en los derechos humanos y el control democrático de al menos ciertos sectores de la vida cotidiana. Estos avances han sido muy rara vez regalos de los líderes ilustrados; por lo general, los estados y otros centros de poder se han visto forzados a adoptar los cambios a consecuencia de la presión popular. Un optimista podría argüir, quizá con razón, que la historia revela un aumento en la apreciación y la amplitud de los derechos humanos --tendencia no exenta de contratiempos y reveses, pero no obstante real. Estos temas siguen estando muy vigentes hoy en día. Los efectos nocivos de la globalización provocan protestas populares y activismo masivos en los países del Sur desde hace varias décadas, así como en gran parte de las sociedades de los países ricos industrializados en los últimos años, con alianzas que han ido formándose a nivel popular. Estas son tendencias admirables, prometedoras y llenas de oportunidades, que han afectado la retórica, y a veces la política, de las instituciones financieras, el mundo empresarial y la opinión general. Han tenido como mínimo un efecto restrictivo sobre la violencia estatal, aunque no hayan producido, ni mucho menos, la revolución de derechos humanos tan orgullosamente cacareada por la opinión intelectual occidental. Estas tendencias podrían resultar muy importantes si se logra mantener el impulso adquirido para estrechar los lazos de simpatía, solidaridad e interacción que se han ido estableciendo. Y creo que podemos decir que el futuro de nuestra especie --esta especie en peligro de extinción-- puede ser determinado en gran medida por la manera en que evolucionen estas fuerzas populares.